

SU NOMBRE

Ruge el mar embravecido,
la ola potente estalla,
y al morir junto a la playa
dice tu nombre querido.

La lucha gigante sigue
que airado el viento provoca,
y al chocar contra la roca
la arena tu nombre escribe.

El barco su bella estela
va dejando por el mar,
y escrito creo mirar
tu nombre en la blanca vela.

Escucho silbar el viento
que entre la peña se esconde,
y cuando el eco responde
te nombra mi pensamiento.

Y amante suena en mi oído
de la fuente en el murmullo,
y me lo dice el arrullo
del ave que vuela al nido.

Y va escrito entre las flores
del jardín, y en el celaje
de la nube que es encaje
del sol a los resplandores.

Y lo mismo el la tormenta
que en la calma de la noche,
en la flor, que abre su broche
y al rocío la presenta.

Y en el fulgor carmesí
conque aurora anuncia el día,
por mi loca fantasía
tengo el recuerdo de ti.

MANUEL CHAVARINO.
Dalias y Agosto 1918.

DESDE ADRA

La Sociedad "Amigos del Arte" celebra su primera fiesta.

Como en el bello prólogo de la fiesta, ha dicho un espíritu cultivado, en quien el amor a las letras y al arte alcanza plenitud de veneración, en Adra existía un vacío lamentable. La ciudad encerrada en luminosos encantos de belleza, cuyas naturales atracciones ponderó en justos párrafos de homenaje el señor Rosell, joven meritísimo que a su esfuerzo debe una posición prestigiosa, había caminado, durante largos años, un tanto despreocupada de afanes artísticos; pero, he aquí, que el pasado se quiebra de súbito y un nuevo sol dora esta tierra. Surge al impulso de unas voluntades entusiastas, la sociedad «Amigos del Arte» y prueba inequívoca de la amplitud y reciedumbre de su ideal,

fué la primera jornada emprendida y realizada

Al asistir nosotros en la noche del 24, al alarde de aptitudes artísticas de nuestros hermanos de la costa, nos sentimos llenos de regocijo y en nombre de GENTE NUEVA, de estas páginas de juventud, forjadas únicamente al calor de un sueño de renovación espiritual, les ofrecemos el testimonio de nuestro entusiasmo y nos permitimos alentarles a proseguir la marcha por estas sendas de cultura. Los «Amigos del Arte» pueden y deben hacer mucho por ensanchar los horizontes de la ciudad hermana. Ellos representan un caudal de juventud, que es energía; ellos, que saben lo que en la valoración espiritual de todo pueblo, significa la lucha de las juventudes, deben lanzarse con denuedo a la pelea, deben sacudir el polvo de los siglos y así iniciar una era fecunda en bienandanzas que puede bautizarse con el nombre prometedor y lisonjero de esta bisoña institución.

Ahora, cedemos la pluma al *reporter*.

El teatro estaba lindamente dispuesto. Sobre el telón luce un hábil emblema de la sociedad afanada en ideales de cultura. Asiste un público selecto que llena el patio de butacas. La bella señorita Dolores Carbonell inicia la jornada interpretando *Maruxa de Vives*, y es aplaudida por la esmerada ejecución. Seguidamente, y después de ser saludado con aplausos justísimos, el joven catedrático don Salvador Rosell, lee unas primorosas cuartillas en las que, con atinadas frases y originales pensamientos, expone la finalidad primordial de los «Amigos del Arte». Describe las bellezas de Adra, teniendo para su mar y su cielo ponderaciones sintéticas de una admirable justeza. Recuerda, como ejemplo del renacimiento cultural, el nombre de Oliva, el mozo que camina hacia la gloria y pide benevolencia para los que, obedeciendo a impulsos de un deseo de vida nueva, preséntanse en esta noche al público.

El señor Rosell, que no necesita de nuestras palabras para gozar prestigio de escogido, es premiado con aplausos fervientes. Reciba nuestra particular enhorabuena y si en algo estima el juicio de GENTE NUEVA, siéntase satisfecho de su intervención, acreedoras de las galas del primer empeño realizado por los nuevos cruzados del arte.

Puebla de las mujeres

Tiene esta linda comedia Quintañana un especial encanto y un inusitado atractivo. Son tan sencillos,

tan naturales, sus tipos; disfruta toda ella de una ingenuidad y un optimismo tan diestramente revelados que, suele ser—como por una afortunada fatalidad—la preferida en estos programas de artistas noveles. El carácter directriz de la obra, se mostró sin velamiento alguno. La musa de los peregrinos autores, halló en este cuadro de la afición, un acabado intérprete.

Suele acontecer—y de ello tiene culpa el fácil acceso al ditirambo—que cuando el lector encuentra una página enaltecedora de estas interpretaciones, a excesiva benevolencia de los comentaristas atribuye la prodigalidad de los aplausos. Y en este caso—si tal cree—el lector se equivoca. Los intérpretes de «Puebla de las mujeres» supieron en tal forma, dar realidad a la linda comedia, que, ciertamente, creíamos asistir a un desfile de artistas consumados.

Ellas, la señora doña Natalia Cuenca, en el papel trapisondista de Concha Puerto, la de la reja bruja, dió un colorido tan veraz a su intervención, que nos trajo el recuerdo de la desenvoltura simpática de Irene Alba. La limpieza y frescura de la frase, así como el gesto espontáneo, constituyeron una deliciosa ejecución de actriz.

Las señoritas Carmen Segado y Elena Pérez, haciendo de D.^a Belén y Santita, respectivamente, mostraron unas aptitudes sorprendentes. La primera supo mantener la *posse* difícil de señorona un tanto despectiva, y la segunda hizo una hermana del Cura con encantador fingimiento Isabel Díaz, Angustias Pérez, Elisa Soler, Pilar Rodríguez y Encarnación Soler, unieron a la belleza y distinción, un exquisito buen gusto para hacer admirable el desarrollo de los caracteres que encarnaban. Pretender establecer categorías, sería aventurado.

Todas, sin excepción alguna, hicieron tan encantadores los momentos, que el cronista quisiera disponer de espacio bastante para brindarles el reflejo de su entusiasmo sin reservas.

Si en «Puebla de las mujeres» el elemento femenino es tan delicioso como de la interpretación resultó, reconocemos que no puede pasarse junto a él sin sentirse saturado del divino tesoro.

Ellos resultaron unos maestros. Emilio Espejo, José Glaría, Juan M. Alcalde, José Martín (un actorazo), José Carbonell y Federico Utrera, rivalizaron en destrezas. No quedó oculto ninguno de los caracteres de la primorosa comedia. Todos pusieron de relieve un temperamento exquisito para el arte escénico, del que no deben desentender, sino que sa-